

nos es vulgar y atrevido, no abandona D. José Manuel Sartorio su pedestre y desmañado estilo, y sólo muy de tarde en tarde se perciben, por entre el musitar de beatas de su versificación, algunos cristalinos acordes de arpas bíblicas y una que otra vibración de tiorbas angélicas.

Mas después de que alguien se ha dado cuenta de labor tan pródiga, queda la impresión de haber recorrido un vasto campo árido, un llano extenso, que sólo aquí y allá deja asomar entre las secas hierbas de invierno, el cáliz pálido de una que otra retrasada amapola.

Y este poeta prosáico y fecundo, este *émulo de Rabadán*, de repente, por obra de una extraordinaria exaltación sentimental, sacudía sus ramplonerías, olvidaba su verbosidad casera, cerraba los ojos ante la vulgar visión de la vida, y prorrumpía en deliciosos himnos de amor sacrosanto, inspirados en la más pura fuente mística, en los cánticos del profeta, en las divinas *fioretti* que en la sombra medioeval se mecen acariciadas por brisas del cielo, en los deliquios enfermizos de Santa Teresa, en las contemplaciones luminosas de Luis Ponce de León. Es incorrecto todavía, pero ya no torpe, ni inferior, ni trivial; ya es un verdadero poeta, no exento de los defectos de artificiosa retórica de su época; mas expresivo, sincero, embargado por un hondo sentimiento y

abrasado por las lumbres del estro. Su fantasía se eleva, y la elevación es súbita y prodigiosa. El humilde y sano sacerdote que escribe versos sobre el papel de china en que envuelven su regalo de dulces las viejas abadesas; el abastecedor de décimas de ocasión en las fiestas de barrio; el piadoso juglar que excita la caridad cristiana poniendo redondillas lacrimosas en el plato de las limosnas, sufre inesperadamente una transformación, o mejor dicho, una transfiguración. Vuela arrebatado en una nube de incienso. Sube de rodillas, con las manos juntas y los ojos extáticos. Por debajo de la sotana le palpitan las alas. ¿Qué ha pasado? Una cosa sencilla: que canta el amor y el dolor de la Virgen María; que una devoción profunda lo ha vuelto uncioso e inspirado, que es un fervoroso *mariano*.

La candorosa hipérbole de un pasaje de su panerigista nos da la clave espiritual del Capellán de la Santa Veracruz. Aquí aparece, envuelta en credulidad infantil, una predisposición muy marcada, la predisposición al misticismo. Sartorio se creyó un predestinado, un elegido por la Madre de Dios. Y he aquí por qué, en ocasiones, tan ardientes son sus reclamos místicos; tanto, que se saborea en ellos un extraño gusto de voluptuosidad pagana:

¡Oh, resplandor del cielo,  
océano de grandeza desmedida!  
Ven a nuestro consuelo,  
benigna, sana mi inmortal herida,  
y con tus dulces pechos virginales,  
alivia mi aflicción, cura mis males.

Estas imploraciones, de un evidente sensualismo, nos revelan también el apasionado temperamento de Sartorio. Bien se adivina, bien se siente correr, bajo la blancura de esta vida ejemplar, el fuego de la sangre italiana. Los requiebros y las ternezas a María alcanzan su grado máximo de ardor expresivo:

Mi madre, te aclamo;  
mi luz, te venero;  
mi amparo, te imploro;  
mi salud, te aprecio.

Tú, mi sol hermoso;  
tú, mi claro cielo;  
tú, mi bella luna;  
tú, mi firmamento;

tú, mi jardín noble;  
tú, mi alegre huerto;  
mi pensil tesalio  
y mi campo ameno.

Pero este poeta que, bajo el nombre de *Partenio* adoró con fervor tan vivo al más hermoso símbolo de la Castidad y del Dolor en la leyenda cristiana, tuvo otro amor tan grande, tan hondo como éste; otro amor por el cual sacrificó el buen hombre su reposo, su tranquilidad, su bienestar; otro amor que él cantó, no ya en versificación arrebatadora y arcáica, sino en cláusulas impetuosas, en discursos elocuentes, en improvisadas y ardentísimas arengas: el amor a la Patria. Mas de veinte años de su ancianidad inmaculada dedicó este mexicano al servicio de ese otro primer amor. El fué de los primeros, de los pocos que se negaron a hacer del púlpito una tribuna política en contra de la libertad.

La historia literaria puede abandonarlo al terminar el año de 1809. La historia política debe ocuparse en seguir sus pasos a través de las vicisitudes sociales, hasta el año 1829, en que el Padre Sartorio entregó, por fin, a María y a México su ya agobiada vida. El mismo lo sintetizó, haciéndose su propio epitafio;

*Conditus hac villi, jacet en, Sartorius urna,  
Is fuit Orator, nunc tace, hospes abi.*

“Oculto bajo de esta  
losa, triste y funesta,  
yace el pobre Sartorio.  
Fué orador; aplaudióle su auditorio;  
mas nunca ha predicado  
mejor que ahora callado.  
La muerte, en fin, su asunto fué postrero;  
oye el sermón, y vete, pasajero.”

\*\*\*

Otro colaborador de *El Diario de México*, al mismo tiempo que lo eran Navarrete y Sartorio, es D. Anastasio de Ochoa y Acuña.

El insigne Menéndez y Pelayo lo prefiere humanista y alaba su traducción de las *Heroidas*, de Ovidio, de la cual dice que es bella, muy exacta, a veces muy poética, y con cierto suave abandono de estilo que remeda bien la manera blanda del original.

En efecto; Ochoa fué un excelente latinista, como lo comprueban esa y otras traducciones de los poetas clásicos, y los fragmentos de la *Heroica de Deo Carmina* del mexicano Abad. Desde muy niño, según aseguran sus biógrafos, Ochoa

estudió latín, y su paso por el Colegio de San Idelfonso y por la Universidad debe de haberle afirmado hacia su favorita inclinación por la lengua matriz.

Pero no es Ochoa un humanista seco y avellanado, de sabor arcaico, de estilo sin jugo, de construcciones rígidas, de transposiciones latinizantes. No es un enfático y académico *latino-parlante*, a la usanza de la época. Es en todo y por todo un verdadero poeta.

No vuela mucho ni muy alto; pero sí vuela con medida y gallardía. Encuentra, a cada paso, expresiones elegantes y agradables eufonías. Es un poeta de su tiempo; artificioso y retórico, con ecos de Iglesias de la Casa, y marginales de las anacreónticas *neoclásicas*. Mas, sin dejar de rendirle el tributo a la moda literaria, a que tan pocos espíritus pueden sustraerse, Ochoa lleva más lejos sus imitaciones, las remonta a los *Siglos de Oro* y es, se le conoce, un asiduo lector de los poetas andaluces del siglo XVI, de Jáuregui, de Caro y Andrada (probablemente ambos bajo el nombre protector de Rioja), y de los de otras escuelas: De la Torre, Cristóbal del Castillejo, los Argensola.

Es indudable que Lope lo impresionó, lo sedujo. El famoso sonetista *Tomé de Burguillos*, el estupendo Lope, es para Ochoa un ejemplo cons-

tante. Lo sigue, trata de acercársele y de reproducirlo. Algunas veces copia, con fría gracia, el modelo.

\* \* \*

Estos eran los estilos y formas, alrededor de los cuales se agruparon, para constituir núcleos de género literario, los poetas líricos mexicanos antes de 1810: el amatorio, el bucólico, el religioso, el satírico. En cuanto a este último, el satírico, no lograré, por hoy, sino anunciarlo nada más. Es ésta, sin embargo, una de las fases de nuestra literatura y merece estudio especial. Los prosistas, como ya lo expresé, seguían los rastros de Jovellanos, Isla, Feijóo y Cadalso, o bien se remontaban a Gracián y Quevedo, y tal cual emprendía el vuelo hasta Cervantes.

La cátedra sagrada, importantísima rama literaria, que no me es dado estudiar aquí detenidamente, se resentía aún, en principio del siglo, del galimatías gongórico que la contaminó en el siglo XVIII. A la nueva era habían pasado las voces enigmáticas y pedantescas de la *secta gerundiana*.

Por el viejo y sólido acueducto hispano nos llegaron las linfas claras y resonantes de la lite-

ratura francesa *neoclásica*. Por medio de Luzán supimos de Boileau y de Rapin; por medio de Samaniego nos impresionaron las *Fábulas* de moral caprichosa de Lafontaine; por medio de Moratín conocimos a Molière, y por medio, en fin, de los escritores que propagaron el *gusto francés*, nos contagiamos de esa aborrecible enfermedad léxica, que se ha hecho endémica en la América española: el *galicismo*.

Los medios de popularización de las bellas letras, de 1800 a 1809, fueron el periódico y el folleto. Éste, sobre todo, constituía un importante vehículo literario. Es innumerable la cantidad de cuadernillos que circulaban, y que, escritos en prosa o en verso, contenían desde algún sesudo estudio sobre graves materias, excepto de la política, hasta un romance de ciego, satirizando personas, tipos o costumbres.

Las antiguas *Gazetas*, periódicos de vida escasa e intermitente, se establecieron en Nueva España en el siglo XVII, y eran entonces hojas de noticias que se publicaban cuando llegaban a Veracruz barcos de España.

El estudio del eminente D. Joaquín García Icazbalceta sobre *Tipografía Mexicana*, trae datos sugestivos y curiosos acerca de los orígenes coloniales de las *Gazetas*. Eran esperadas éstas con la ansiedad con que se esperaban las *naos*

de China que venían por Acapulco cargadas de seda oriental y de cerámica mongólica.

Ello es que en último tercio del siglo XVIII se dieron a la estampa el *Mercurio* de Bartolache, los cuatro periódicos de Alzate, y, ya regularmente, con quince o veinte días de intervalo, la *Gazeta de México*, dirigida por Manuel Antonio Valdés, poeta religioso y político de muy poco aliento, y tal vez el primer hombre de sentido periodístico verdadero. En la alborada del siglo XIX no quedaba en Nueva España sino esta sola publicación, constituida en órgano oficial del Virreinato para dar a conocer, además de las noticias extranjeras, algunas del interior del país, disposiciones gubernativas y bandos y ordenanzas municipales. Aunque escasos, no faltaban una que otra vez trabajos literarios y científicos.

\*\*\*

En 1805 el doctor D. Jacobo de Villaurrutia y el licenciado D. Carlos María de Bustamante, previo permiso del Virrey Iturrigaray, fundaron el primer periódico diario de Nueva España: el *Diario de México*.

Una gran ayuda, un gran estímulo fué para la literatura el *Diario de México*. Es la exacta foto-

grafía de la vida ciudadana, no tanto en su aspecto oficial como la *Gazeta*, sino en el familiar y callejero, en el social, y también en el intelectual. El *Diario* dió a conocer, acogió, prohijó, empolló a los escritores que iban a llenar el primer tercio del siglo XIX.

\*\*\*

Curiosa y digna de atento y penetrante análisis es la sociedad mexicana de aquella época churrigueresca y desorientada, y los arquetipos que se agitan en el ambiente colonial son por todo extremo interesantes como productos sociológicos; nuestro *currutaco*, variante del español, no igual a éste, porque a la audacia y a la pereza del modelo, mezcla un poco de la ladina hipocresía indígena; la *pirraquita*, hembra de arrosos hispanos, devota y atrevida, ignorante y presuntuosa, llena de ridícula gracia y de malas costumbres; el *pajo*, de manga embrocada, paño de sol, botas de campana y ancho sombrero de alas rígidas, campesino malicioso, caviloso, honrado y fiel, sano de cuerpo y alma, heredero de la rusticidad castellana; el *lépero*, paria del arrabal, humano despojo de la civilización, arrojado a la existencia por el deseo de un macho blanco sa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UN  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

tisfecho en una *india* sumisa y asustada; y muy encima una aristocracia nueva, sin sangre azul, sin árbol genealógico, sin abolengo linajudo ni pergaminos apolillados, pero rica, fastuosa, derrochadora y señoril; y muy abajo, un océano oscuro de superstición y tristeza y abandono, un *mar muerto*, sobre el que flotaba, como un eco pavoroso, el último grito de angustia de la raza vencida. La división etnológica separaba también moralmente los cuatro grandes grupos demográficos: los *gachupines*, los *criollos*, los *mestizos*, los *indios*. En realidad, sólo la religión católica juntaba las almas bajo las bóvedas de las iglesias coloniales. La devoción era el solo vínculo fuerte.

Y así vivían, con apariencia tranquila, con aire manso, con levíticas costumbres, los habitantes de las principales ciudades de Nueva España. En la casa de un canónigo, en el sarao de una condesa, en la tertulia de un oidor, en la sacristía de una parroquia, en el locutorio de un convento, se hablaba de cosas profanas o sagradas, se rezaba, se reía, se hacían comentarios, el último sermón de la catedral, las últimas noticias del infame *Corso*, las fiestas populares, las *luces* de los barrios, las ceremonias de *pendón real*; se escribían y se componían versos; se leía la *Gazeta* o *El Diario de México...* Y *sotto voce*, a espaldas de

la Audiencia, detrás de la Santa Inquisición, en torno del Palacio del virrey, se hacía otra cosa de mayor trascendencia: se conspiraba.

\*\*\*

Dos días después de que, con gran pompa y reales honores, la Audiencia de México entregó en el palacio virreinal el mando de la colonia al Excelentísimo señor Virrey don Francisco Javier Venegas, en el lejano pueblo de Dolores, de la intendencia de Guanajato, estallaba la insurrección. En la madrugada del 16 de Septiembre de 1810, un viejo cura, astuto y enérgico, rompió el silencio de la conspiración, preñado de pequeños rumores. Fué un acto violento, precipitado, sin plan, sin cálculo; fué un acto de decisión, de heroísmo, de sacrificio; un acto supremo de fe en la patria que venía. Don Miguel Hidalgo y Costilla, el padre de ella, era un sacerdote ilustrado; muy afecto a la literatura francesa, que él bebía en sus mismas fuentes, sin necesidad de recurrir a las malas traducciones españolas, que rara vez nos llegaban de la Península. Se había hecho notable como estudiante en el Seminario de Valladolid, hoy Morelia. Se cuenta que, ya cura, emprendió la versión castellana de varias obras de Racine, y que en las escuelas de su curato estableció clases

de lengua francesa. Hidalgo era un hijo directo de los enciclopedistas; un admirador de los trágicos oradores de la Convención; un *jacobino*.

La noticia del levantamiento se recibió en la capital de Nueva España, probablemente, antes de que publicase algo respecto de ella la *Gazeta del Gobierno*.

Y en este punto, aparece una forma absolutamente nueva en la Colonia: la proclama política, la arenga revolucionaria. Las letras entonces prestan un servicio real, urgente, magno, al desarrollo de la vida colectiva. Aprovechan los dibujos de la retórica para despertar y convocar las pasiones; se valen de la metáfora, del apóstrofe, del climax, para convencer y enardecer los anhelos de libertad.

Fué éste un género accidental; una literatura de circunstancias, expresión característica de las perturbaciones sociales, de las exaltaciones espirituales que agitaban la obscura masa de nuestro pueblo americano.

Y mientras la revolución crecía con voracidad de llama estimulada por el viento, mientras se ponían en acción hombres de un vigor y de una voluntad prodigiosos, mientras las multitudes ciegas y famélicas se desbordaban como una inundación sobre campos labrados, y sobre ciudades del Bajío, los hombres letrados pugnaban

por hacer triunfar sus ideas, revistiéndolas de los más deslumbrantes y ruidosos ropajes. Los realistas, los defensores del virreynato, más poderosos y con mayores elementos, extendieron sus ardorosas prédicas por el reino entero: hicieron circular a millares los folletos escritos ya en estilo peinado y académico, para satisfacer a los cultos, ya en lenguaje burdo y popular para penetrar en la caótica conciencia de las muchedumbres. También la oratoria sagrada entró en este combate, sosteniendo las ideas monárquicas. Los sermones de Bringas Encinas, por ejemplo, son una apretada malla de razonamientos jurídicos, teológicos y políticos, por entre cuyos hilos saltan las imprecaciones declamatorias, las violentas interjecciones, los vocablos iracundos. Este fraile del Convento de Santa Cruz de Querétero no manejaba el idioma con elegancia ni limpieza, pero sí con sobriedad y facilidad. Gran efecto debieron de haber hecho sus peroraciones, declamadas bajo las bóvedas resonantes de las iglesias, sobre un concurso preparado para los actos litúrgicos.

Sin embargo, más eficaces fueron los folletos mariposeantes, los *papeles* de ocasión, que iban de aquí para allá, ágiles, sutiles, venenosos, epigramáticos. El *españolismo* esgrimía sus armas intelectuales: sermones, bandos, edictos, procla-

mas, eran a modo de ejército de línea disciplinado y compacto; y folletos, hojas volantes, *papeles*, eran las traviesas y peligrosas guerrillas.

Los revolucionarios, en cambio, carecían de recursos para la propaganda literaria; y no obstante, tuvieron órganos admirables: el primero, que se llamó *El Despertador Americano*, que alcanzó vida efímera, y que estaba redactado por un hombre de gran talento: D. Francisco Severo Maldonado; el segundo, más importante que el primero, fúé *El Ilustrador Nacional*. Un criollo de admirable fuerza moral, de comprensión profunda, rápido en la decisión, caprichoso y violento en el carácter, de muy educado ingenio, el doctor don José María Cos, fundó este periódico, en una población lejana del Centro; lo fundó sin elementos, construyendo con sus propias manos una imprenta, labrando en trozos de madera unos caracteres, usando de una mezcla de aceite y añil como de tinta, poniendo no sólo su inteligencia y su sabiduría al servicio de la causa, sino también su inventiva, su trabajo mecánico, su industriosa habilidad. Era *El Ilustrador Americano* otro periódico insurgente que con *El Semanario Patriótico*, fué escrito por D. Andrés Quintana Roo, figura prominente de la época, personaje de subido interés en el drama revolucionario, no sólo por el esfuerzo que desplegó para hacer

triunfar el ideal de la Independencia, no sólo por la consagración de su existencia a la lucha de la Libertad, sino por su noble aventura amorosa con D.<sup>a</sup> Leona Vicario, mujer digna de la apoteosis épica, dama que sobreponiéndose a las preocupaciones de su tiempo, a las imperfecciones de su educación y a las exigencias de su clase, levantó su corazón hasta las más elevadas cumbres de la bondad humana, y amó la Libertad y soñó en la Patria, y alentó con su fe ciega y ardiente a los caudillos, sin que lograsen arrearla las persecuciones, miserias y sufrimientos de todo linaje.

Con estos y otros muchos personajes literarios que escribían en el campo insurgente, aprovechando instantes que les dejaban libres los azares de la guerra, en medio de la agitación y del sobresalto, entre el tumulto y las aventuras de la contienda, a la llama de las fogatas del vivac, la revolución hacía su camino en las conciencias y tenía una voz elocuente y alta, que, a pesar de las prohibiciones, de las excomuniones, de los castigos, de las amenazas de muerte, de la feroz crueldad de los realistas, resonaba clara y rotunda en los espíritus, despertando aspiraciones de justicia. Los papeles insurgentes se mandaban romper y quemar: la mano del verdugo era la encargada de cumplir la orden

virreynal en las plazas públicas de la capital y de las provincias. Todo inútil: en fragmentos, en cenizas, en polvo, se difundía y volaba por los ámbitos del país el alma de la Patria.

Entre tanto, en la capital de la colonia se vivía en una inquietud silenciosa, pero expectante. Al parecer, la tranquilidad reinaba como antaño en la vida neoespañola. La *Gazeta* publicaba de cuando en cuando los partes militares de los jefes realistas, anunciando las constantes derrotas de las fuerzas insurgentes. El *Diario de México*, con veladas alusiones, con suaves eufemismos, apenas si de tiempo en tiempo dejaba entrever la situación real del virreynato. La agitación no salía a la superficie; quedábase revolviendo y enturbiando el fondo.

Nada públicamente escrito; todo comunicado en secreto, a la sordina, en voz muy baja, en cuchicheos de tertulia, en rumores de sacristía, en acercamientos femeninos de basquiña a basquiña, en rápidos vocablos y claves convencionales, bajo los embozos de las capas. La censura vigilaba; atisbaba la Inquisición.

De repente un grito de júbilo, un grito sonoro y vibrante salió, como un contenido desahogo, de algunos pechos viriles y fuertes; era que la Cons-

titución de Cádiz les otorgaba el supremo derecho de la palabra libre. La Constitución fué jurada en 1812. El bando sobre la libertad de imprenta se promulgó en México el 5 de octubre siguiente. Hijos de esta libertad, aparecieron muchos escritores políticos y revolucionarios. Para dar a ustedes idea de ellos, escogeré el hombre y la publicación más representativos en este género literario.

\*\*\*

A los tres días de haberse promulgado el liberal decreto, apareció un semanario célebre, el más célebre de nuestra historia de Independencia: *El Pensador Mexicano*. Lo redactaba un hombre de ingenio, de atrevimiento y de valor: don Joaquín Fernández de Lizardi.

El número primero de este papel trae en la portada un epígrafe tomado de las fábulas de Fedro: «Neque enim notare singulos mens est mihi; verum ipsam vitam et mores hominum ostendere... Ergo hinc abesto, Livor, ne frustra gemas». El periódico de Fernández de Lizardi comenzó con sumo tacto, con estudiada discreción, al punto de que la misma *Gazeta del Gobierno* anunció la aparición de *El Pensador Mexicano*, en un aviso en el que indica los puestos y alacenas donde podía encontrarse el nuevo papel. Pero, a medida